

virtuoso. Esta ciencia fué adquisición de un momento: la aprendió en la cima del Père-Lachaise, el día en que acompañaba á la última morada á un pobre hombre honrado, el padre de su Delfina, que murió víctima de nuestra sociedad y de los sentimientos más verdaderos, y que se vió abandonado por sus hijas y por sus yernos. Allí resolvió burlarse de todo el mundo, procurando tener únicamente apariencias de virtud y de caridad. El egoísmo armó de pies á cabeza á este joven noble. Cuando Nucingen encontró al mocito provisto de la misma armadura, lo estimó como estimaba en la Edad Media un caballero en un torneo á otro provisto de armas iguales á las suyas. Pero se entregó á la molicie durante algún tiempo en las delicias de Capua. La amistad de una mujer como la baronesa de Nucingen es de índole capaz de hacerle abjurar de todo egoísmo. Después de haber sido engañada una vez en sus afectos por un hombre de hielo como lo era el difunto de Marsay, Delfina debió sentir un afecto sin límites por un joven lleno de los entusiasmos provincianos. Esta ternura ejerció cierta influencia sobre Rastignac. Cuando Nucingen hubo colocado al amigo de su mujer el arnés que todo explotador coloca á su explotado, lo que ocurrió precisamente en el momento en que meditaba su tercera liquidación, le confió su situación y le mostró como una obligación de su intimidad y como una reparación, el que desempeñara el papel de hombre de confianza. El barón juzgó peligroso iniciar en su plan á su colaborador conyugal. Rastignac creyó en una desgracia, y el barón le dijo creer que salvaba la casa. Pero cuando una madeja tiene tantos hilos, siempre se hacen nudos, y Rastignac tembló por la fortuna de Delfina: estipuló la independencia de la baronesa, exigiendo una separación de bienes y jurándose á sí mismo saldar su cuenta con ella, triplicándole su fortuna. Como Eugenio no hablaba de sí mismo, Nucingen le suplicó que aceptase veinticinco acciones de mil francos cada una en las minas de plomo argentífero, á lo que Rastignac se avino por no ofenderle. Nucingen había instruído á Rastignac la víspera de la noche en que nuestro amigo decía á Malvina que se casase. Al ver cien familias felices que iban y venían por París tranquilas acerca de su fortuna, como los Godofredo de Beaudenord, los Aldriger, los Aiglemont, etc., Rastignac sintió un estremecimiento como el general joven que contempla por primera vez un ejército antes

de la batalla. La pobre Isaura y Godofredo, haciéndose el amor, ¿no representaban á Acis y Galatea debajo de la roca que el gran Polifemo iba á hacer caer sobre ellos?

—Este mono de Bixiou, casi tiene talento—dijo Blondet.  
—¡Ah! ¿de modo que no imito el estilo de Maribaud?—dijo Bixiou gozando de su éxito y contemplando á sus sorprendidos auditores. —Hacia dos meses que Godofredo se entregaba á todos esos goces del hombre que se casa — repuso después de esta interrupción. — El hombre se parece entonces á esos pájaros que van y vienen recogiendo briznas de paja para hacer sus nidos en la primavera, llevándolas en el pico y vigilando constantemente el lugar en que yacen sus huevos. El futuro de Isaura había alquilado en la calle de la Plancha una casita de mil escudos de alquiler, cómoda, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, é iba todas las mañanas á ver como trabajaban los obreros y como marchaban los trabajos. Había introducido en ella el *confort*, única cosa buena que hay en Inglaterra: calorífero para mantener una temperatura igual en la casa, mobiliario bien escogido, ni demasiado brillante, ni demasiado elegante; colores frescos y gratos á la mirada, servicios de plata, coches nuevos, y había hecho arreglar las cuadras y las cocheras en que Toby, Joby, Paddy se revolvió como una marmota despierta, satisfecho al parecer ante la perspectiva de que iba á haber en casa mujeres y una lady. Esta pasión del hombre que se dispone á establecerse, que escoge relojes, que va á casa de su futura con los bolsillos llenos de muestras de telas para consultarla acerca del mobiliario del dormitorio, y que corre, salta y brinca animado por el amor, es una de las cosas que regocijan más á un corazón honrado y sobre todo á los comerciantes. Como no hay nada en el mundo que agrade más que el matrimonio de un guapo joven de veintisiete años con una linda muchacha de veinte que baila bien, Godofredo, preocupado con la idea del ajuar, invitó á Rastignac y á la señora de Nucingen á almorzar para consultarles acerca de este importante punto. Tuvo la excelente idea de convidar también á su primo de Aiglemont y á su mujer, así como á la señora de Serisy. A las mujeres de mundo les gusta bastante explayarse una vez por casualidad en casa de los solteros, almorzando con ellos. Tenían que ir á ver á la calle de la Plancha la casita de los futuros esposos. Las mujeres son para esas pequeñas expediciones como

los ogros para la carne fresca, pues refrescan sus recuerdos de goces pasados. La mesa fué puesta en el saloncito que habia sido preparado de antemano para celebrar la despedida de la vida de soltero. El almuerzo fué encargado de manera que constase de esos platos que tanto les gusta á las mujeres por la mañana, hora en que sienten un apetito atroz; aunque no quieren confesarlo porque les parece que se comprometen diciendo: «Tengo hambre.»—«¿Cómo viene solo?» dijo Godofredo á Rastignac al verle entrar.—«La señora de Nucingen está triste; ya te contaré luego por qué», respondió Rastignac, que tenía aspecto de hombre contrariado.—«¿Morros?» respondió Godofredo.—«No», contestó Rastignac. A las cuatro, las mujeres se fueron al bosque de Bolonia; Rastignac quedó solo, y entonces miró melancólicamente por la ventana á Toby, Joby, Paddy que se mantenía audazmente ante el caballo enganchado al tilburi, con los brazos cruzados como Napoleón. «Bueno, ¿qué tienes, querido mío?»—dijo Godofredo á Rastignac;—veo que estás sombrío é inquieto y que tu alegría no es franca. La dicha incompleta te mortifica. En efecto, es muy triste no estar casado con la mujer á quien se ama.» «Querido mío, ¿tienes valor para oír lo que tengo que decirte y sabrás comprender hasta qué punto es preciso querer á una persona para cometer la indiscreción de que yo voy á hacerme culpable?»—dijo Rastignac, con ese tono que parece un latigazo.—«¿Qué?»—dijo Godofredo palideciendo. «Me entristecía tu alegría, y al ver tus preparativos, no tengo valor para guardar semejante secreto.» «Cuéntamelo todo en tres palabras.» «Júrame por tu honor que serás mudo como una tumba.» «Como una tumba.» «Que si algún semejante tuyo estuviere interesado en este secreto, no lo sabrá.» «Te lo juro.» «Pues bien, sabe que Nucingen se ha ido esta noche á Bruselas para declararse en quiebra si no puede liquidar, y que Delfina ha pedido hoy ante la audiencia la separación de bienes; aun puedes salvar tu fortuna.» «¿Cómo?» dijo Godofredo sintiendo que la sangre se le helaba en las venas. «Escríbele sencillamente al barón de Nucingen una carta con fecha atrasada de quince días, dándole orden para que emplee tus fondos en acciones. (Y le nombró la sociedad Claparón). Tienes quince días, un mes, tal vez tres meses, para venderlas con ganancia.» «¿Y Aiglemont que almorzaba con nosotros, Aiglemont que tiene un millón en

casa de Nucingen!» «Escúchame: yo no sé si hay acciones bastantes para cubrirle, y por otra parte, no soy amigo suyo, no puedo descubrir los secretos de Nucinger y tú no puedes hablarle. Si dices una palabra, me respondes de las consecuencias.» Godofredo permaneció durante diez minutos en la más perfecta inmovilidad. «Aceptas, ¿sí ó no?» le dijo implacablemente Rastignac.—Godofredo tomó una pluma y escribió y firmó la carta que le dictaba su amigo. «¡Pobre primo mío!» exclamó Godofredo. «Cada uno mira por sí», dijo Rastignac. «Ya tenemos á uno enganchado», añadió al dejar á Godofredo. Mientras que Rastignac maniobraba en París, he aquí el aspecto que ofrecía la Bolsa. Yo tengo un amigo provinciano, un estúpido que pasando por la Bolsa entre cuatro y cinco de la tarde, me preguntaba la causa de aquella reunión de charlatanes que van y vienen, lo que pueden decirse y el por qué se pasean después de la irrevocable fijación del curso de los efectos públicos. «Amigo mío, le dije, han comido y están digiriendo. Durante la digestión bailan cancanes sobre el vecino, sin lo cual no habría seguridad comercial en París. Allí se lanzan los negocios, y hay hombre, por ejemplo como Palma, cuya autoridad es semejante á la de Arago en la Academia real de ciencias. Dice que la especulación se haga, y la especulación queda hecha.»

—Señores,—dijo Blondet,—qué hombre ese judío que posee una instrucción, no universitaria, sino universal. En él la universalidad no excluye la profundidad, lo que sabe lo sabe á fondo: es el contador de los cancerberos de la plaza de París, y que sólo hacen un negocio cuando Palma lo ha examinado. Es grave, escucha, estudia, reflexiona y le dice á su interlocutor: «Esto no va bien.» Lo que más me extraña, es que habiendo sido diez años socio de Werbrust, no hayan reñido nunca.

—Eso sólo ocurre entre gentes muy fuertes ó muy débiles, las cuales, como lo discuten todo, no tardan en separarse enemigos—dijo Couture.

—Ya comprenderéis que Nucingen había lanzado con mano hábil sobre las columnas de la Bolsa un pequeño obús que estalló á las cuatro—dijo Bixiou. ¿Saben ustedes una noticia grave? dijo Tillet á Werbrust llevándolo á un rincón. Nucingen está en Bruselas y su mujer ha presentado una demanda pidiendo la separación de bienes.» «¿Es usted su padre para una liquidación?» le dijo Werbrust sonriéndose.

«No hagamos tonterías, Werbrust, dijo Tillet; usted conoce á los que tienen papel suyo: escúcheme, podemos hacer un negocio. Las acciones de nuestra nueva sociedad ganan el veinte por ciento, ganarán el veinticinco á fin de este trimestre, como usted sabe, y se repartirán magnífico dividendo.» «¡Pillín! dijo Werbrust, siga usted, siga usted; es usted un diablo que tiene las garras largas y puntiagudas y que siempre saca tajada.» «Pero déjeme usted hablarle, ó de lo contrario no tendremos tiempo para operar. Acabo de encontrar una idea al saber la noticia, y he visto llorando á la señora de Nucingen, que teme por su fortuna.» «¡Pobrecilla! dijo Werbrust, con aire irónico. Bueno, ¿qué hay?» repuso el antiguo judío de Alsacia, interrumpiendo á Tillet, que se callaba. «Hay en mi casa mil acciones de mil francos que Nucingen me ha entregado para que les dé salida, ¿comprende usted?» «Sí.» «Si nosotros compramos á diez ó al veinte por ciento de rebaja papel de la casa Nucingen por un millón, ganaremos una hermosa prima, porque seremos acreedores y deudores. La confusión reinará, pero obremos con cautela, porque podrían creer que trabajamos por cuenta de Nucingen». Werbrust, comprendió entonces la jugada y le estrechó la mano á Tillet con agradecimiento. «¿Saben ustedes la noticia? les dijo Martín Falleix, la casa Nucingen suspende pagos». «¡Bah! respondió Werbrust, no extienda usted esa noticia y deje que hagan su negocio las gentes que tienen papel.» «¿Saben ustedes la causa del desastre?» dijo Claparon interviniendo. «Tú no sabes nada—dijo Tillet; no ocurrirá nada y se pagará íntegramente. Nucingen reanudará los negocios y encontrará en mi casa cuanto dinero necesite. Nucingen ha dispuesto de todo su capital en favor de Méjico, que le envía metales, cañones españoles, campanas, objetos de plata de iglesia y todas las demoliciones de la monarquía de España en las Indias. La vuelta de esos valores se ha retrasado un poco y el barón se encuentra apurado, eso es todo.» «Es verdad, dijo Werbrust, yo tomo papel suyo al veinte por ciento de descuento.» Esta nueva circulo con la rapidez del rayo. Se decían las cosas más contradictorias, pero había tal confianza en la casa Nucingen á causa de las dos liquidaciones precedentes, que todo el mundo conservaba su papel. «Es preciso que Palma nos ayude un poco», dijo Werbrust. Palma era el oráculo de los Keller, que estaban cargados de valores de

Nucingen. Una palabra de alarma dicha por él, bastaba. Werbrust logró que Palma diese una campanada. Al día siguiente, la alarma reinaba en la Bolsa. Los Keller, aconsejados por Palma, cedieron sus valores al diez por ciento de rebaja, y como eran muy astutos, su opinión imperó en la Bolsa. Entonces, Taillefer cedía trescientos mil francos con el veinte por ciento de rebaja y Martín Falleix con el quince por ciento. Gigonnet adivinó la jugada y entonces procuró aumentar el pánico á fin de procurarse papel Nucingen para ganar un dos ó un tres por ciento, deduciéndoselo á Werbrust. En esto vió en un rincón de la Bolsa al pobre Matifat, que tenía trescientos mil francos en papel Nucingen. El droguero, más bien lívido que pálido, no vió sin temblar que se encaminaba hacia él el terrible Gigonnet, el prestamista de su antiguo barrio. «Pobre Matifat, esto va mal; la crisis despunta y Nucingen quebrará. Pero á usted no le importa, porque está retirado de los negocios.» «Se equivoca usted, Gigonnet; me cogen trescientos mil francos: que quería emplear en las rentas de España.» «Están salvados. Las rentas de España se lo hubiesen llevado todo, mientras que yo le daré algo así como un cincuenta por ciento por su cuenta en casa de Nucingen.» «Prefiero esperar la liquidación, respondió Matifat, porque nunca ha habido banquero que diese menos de un cincuenta por ciento. Si no se tratara más que de un diez por ciento de pérdida...» «¿Quiere usted á quince?» dijo Gigonnet. «Me parece que tiene usted mucha prisa,» le respondió Matifat. «Buenas tardes» dijo Gigonnet. «¿Quiere usted á doce?» «Hecho,» dijo Gigonnet. Aquella noche Tillet llevó á casa de Nucingen tres millones por cuenta de aquellos tres asociados fortuitos, que percibieron al día siguiente su prima. La vieja, bonita y pequeña baronesa de Aldriger, almorzaba con sus dos hijas y con Godofredo cuando Rastignac se presentó, entablando conversación acerca de la crisis financiera. El barón de Nucingen sentía un vivo afecto por la familia Aldriger, y en caso de desgracia, se había arreglado para asegurar el capital de la baronesa con sus mejores valores, que eran acciones de las minas de plomo argentífero; pero para seguridad de la baronesa, debía rogarle que emplease de este modo sus fondos. «Pero ¿qué le pasa á ese pobre Nucingen? dijo la baronesa. «Está en Bélgica, y su mujer exige una separación de bienes y ha ido á buscar fondos á casa de unos

banqueros.» «Dios mío, eso me recuerda á mi pobre marido. Mi querido señor Rastignac, ¿cuánto debe usted sentir la desgracia de esa casa.» «Con tal que los indiferentes estén al abrigo, como es hombre hábil ya saldrá del paso recompensando después á sus amigos.» «Es hombre hábil sobre todo honrado,» dijo la baronesa. Al cabo de un mes la liquidación del pasivo de la casa Nucingen estaba operada sin más requisitos que las cartas en que cada uno le pedía el empleo de su dinero en valores determinados y sin más formalidades por parte de las casas de banca que la entrega de los valores Nucingen en cambio de las acciones que iban adquiriendo más valor. Mientras que Tillet, Werbrust, Claparon y algunos otros que se creían muy astutos, hacían venir del extranjero con un uno por ciento de prima el papel de la casa Nucingen, pues aun ganaban cambiándolo por otras acciones que subían, el rumor era tanto mayor en la plaza de París cuanto que nadie tenía nada que temer. Se charlaba acerca de Nucingen, se le juzgaba y se encontraba medio de calumniarle. Su lujo, sus empresas. Cuando un hombre hace lo que él, tiene que hundirse. En lo más fuerte de este clamoreo, algunas personas quedaron asombradas al recibir cartas de Génova, de Milán, de Nápoles, de Ginebra, de Marsella y de Londres, en las que sus correspondientes les decían sin asombro que les ofrecían el uno por ciento de prima por el papel Nucingen, á quien ellos creían quebrado. «Alguna cosa pasa,» dijeron los cancerberos.—El tribunal había dictado sentencia de separación de bienes entre Nucingen y su mujer. La cuestión se complica aun más. Los periódicos anunciaron la vuelta del barón de Nucingen, el cual había ido á Bélgica á entenderse con un industrial para la explotación de las minas de carbón de piedra. El barón volvió á presentarse en la Bolsa sin tomarse siquiera el trabajo de desmentir los rumores calumniosos que habían circulado acerca de su casa, y compró por dos millones un magnífico palacio á las puertas de París. Seis semanas después, un periódico de Burdeos anunció la entrada de dos buques cargados por cuenta de la casa Nucingen de metales, cuyo valor era de siete millones. Palma, Werbrust y Tillet, comprendieron que la jugada estaba hecha, pero fueron los únicos en comprenderla. Estos discípulos estudiaron la combinación, reconocieron que estaba preparada hacía once meses y proclamaron á Nucingen

el mejor financiero europeo. Rastignac no comprendió nada, pero había ganado cuatrocientos mil francos que Nucingen le había procurado, con los cuales dotó á sus dos hermanas. Aiglemont, advertido por su primo Beaudenord, había ido á ofrecer á Rastignac un diez por ciento de su millón si lograba emplearlo en acciones de un canal que aun está por hacer, pues Nucingen ha embrollado tan bien al gobierno en este asunto, que los concesionarios del canal tienen interés en no acabarlo. Carlos Grondet imploró al amante de Delfina que le cambiase dinero por acciones. En fin, Rastignac representó durante diez días el papel de Law, y hoy el mocito tiene cuarenta mil francos de renta, cuyo origen proviene de las acciones de las minas de plomo argentífero.

—Si todo el mundo ganó, ¿quién fué el que perdió? —dijo Finot.

—Conclusión — repuso Bixiou.—Cebados por el pseudo dividendo que recibieron algunos meses después de cambiar su dinero por acciones, el marqués de Aiglemont y Beaudenord (y quien dice éstos dice todos los demás), conservaron las acciones, pues les sacaban un tres por ciento más á su capital y contaron alabanzas de Nucingen defendiéndole en el momento mismo en que se sospechaba que pudiese suspender pagos. Godofredo se casó con su querida Isaura y recibió cien mil francos más en acciones de las minas. Con motivo de este matrimonio, los Nucingen dieron un baile cuya magnificencia excedió á toda ponderación. Delfina regaló á la recién casada un encantador aderezo de rubies. Isaura bailó, no ya como soltera, sino como mujer feliz. La baronesa siguió siendo más que nunca una pastora de los Alpes, y Malvina oyó en aquel baile, por boca de Tillet, el consejo de que se casase con Desroches. Este, animado por los Nucingen y por Rastignac, abordó la cuestión de intereses, y tan pronto como oyó hablar de acciones de las minas como dote, rompió y se volvió hacia los Matifat. En la calle de Cherche-Midi el procurador encontró las condenadas acciones de los canales que Gigonnet había endosado á Matifat en lugar de darle dinero. ¿Ves á Desroches encontrando el rostro de Nucingen en los dos dotes que él había ambicionado? Las catástrofes no se hicieron esperar. La sociedad Claparon hizo demasiados negocios, tuvo un empacho, y cesó de pagar intereses y de dar dividendos, aunque sus operaciones fuesen excelentes. Esta desgracia

se combinó con los acontecimientos de 1827. En 1827 Claparon era demasiado conocido para ser el testaferro de aquellos dos colosos y rodó de su pedestal á tierra. De mil doscientos francos, las acciones bajaron á cuatrocientos aun cuando valían intrínsecamente seiscientos. Nucingen que conocía su valor intrínseco, volvió á comprar. La baronesita de Aldriger había vendido sus acciones de las minas, que no daban nada, y Godofredo vendió las de su mujer por la misma razón. Imitando á la baronesa, Beaudenord había cambiado sus acciones de las minas por acciones de la sociedad Claparon, y sus deudas le obligaron venderlas en plena baja. De los que les representaba setecientos mil francos, sólo obtuvieron ciento treinta mil pagaron sus deudas, y el resto fué colocado de modo que reportaba el tres por ciento. Godofredo, que era tan feliz de soltero, sin preocupaciones y sin más penas que el vivir se encontró cargado de una mujer estúpida é incapaz de soportar el infortunio, y, además, con una suegra que sólo pensaba en componerse. Las dos familias se han reunido para poder vivir. Godofredo se vió obligado á remover toda su influencia para obtener una plaza de mil escudos en el ministerio de Hacienda. Los amigos y los parientes asombrados, lo compadecían, y le prometían protegerle, pero al cuarto de hora le olvidaban. Beaudenord debió su colocación á la influencia de Nucingen y de Vandenesse y esta familia, tan estimada y tan desgraciada, vive hoy en la calle de Montabor, en un tercer piso. La perla de los Adolphus, Malvina, no posee nada, y da lecciones de piano para no ser una carga para su cuñado. Negra, alta, seca y consumida, parece una momia ambulante. En 1830, Beaudenord quedó cesante y su mujer le dió el cuarto hijo. Ocho de familia y dos criados (Wirth y su mujer), y por todo recurso ocho mil francos de renta. Las minas dan hoy dividendos tan considerables, que la acción de mil francos da mil francos de renta. Rastignac y la señora Nucingen compraron las acciones que vendieron Godofredo y la baronesa. Cuando la revolución de Julio, Nucingen fué nombrado par de Francia y gran oficial de la Legión de honor. Aunque no ha liquidado desde 1830, se asegura que tiene de diez y seis á diez y ocho millones de fortuna. Seguro de las ordenanzas de Julio, vendió todos sus fondos y compró atrevidamente cuando el tres por ciento estuvo

á cuarenta y cinco; hizo creer en palacio que hacía un sacrificio, y de acuerdo con Tillet, en aquella época le arrancó tres millones á aquel pillastre de Felipe Bridau. Ultimamente, pasando por la calle de Rivoli para ir al Bosque de Bolonia, el barón vió debajo de los pórticos á la baronesa de Aldriger. La viejecita llevaba una capota verde forrada de color rosa, una bata con flores y una mantilla; en fin, seguía siendo más que nunca una pastora de los Alpes, pues no comprendió las causas de su desgracia, como tampoco las de su opulencia. Iba apoyada en la pobre Malvina, que parecía ser la madre, mientras la baronesa parecía ser la joven. «He ahí unas gentes cuya *fortuna* no he podido *lograr* nunca. La borrasca política ha pasado, á *beg* si colocas usted á ese pobre *Beaudenord*»—dijo el barón al señor Coindet, ministro con quien iba de paseo.

Beaudenord ha vuelto á entrar en Hacienda gracias á la influencia de Nucingen, á quien los Aldriger alaban y presentan como modelo de amistad por el solo hecho de que sigue invitando á sus bailes á la baronesa y á sus dos hijas. Es imposible que nadie en el mundo pueda demostrar que ese hombre ha intentado tres veces robar al público, á quien ha enriquecido á pesar suyo. Nadie puede hacerle un reproche. El que dijese que la alta banca es á veces una encrucijada, cometería la más insigne calumnia. Si los efectos suben y bajan, si los valores cambian de precio, ese flujo y reflujo es producido á su juicio por un movimiento mutuo, atmosférico, relacionado con la influencia de la luna, y el gran Arago es culpable de no dar ninguna teoría científica acerca de ese importante fenómeno. Resulta únicamente de esto una verdad pecuniaria que yo no he visto escrita en ninguna parte.

—¿Cuál?

—El deudor es más fuerte que el acreedor.

—¡Oh! dijo Blondet—yo veo en lo que hemos dicho la perfrasis de una frase de Montesquieu, en la que ha concentrado el espíritu de las leyes.

—¿Qué? dijo Finot.

—Las leyes son arañas fatales para las moscas pequeñas y completamente inofensivas para las grandes.

—¿A dónde quieres ir á parar con eso?—dijo Finot á Blondet.

—Al gobierno absoluto, al único en que las empresas del

talento contra la ley pueden ser reprimidas. Si, lo arbitrario salva á los pueblos acudiendo en auxilio de la justicia, pues el derecho de gracia no tiene reverso; el rey, que puede indultar al quebrado fraudulento, no devuelve nada á la víctima despojada. La legalidad mata á la sociedad moderna.

—Hazles comprender eso á los electores—dijo Bixiou.

—Ya hay alguien que se ha encargado de ello.

—¿Quién?

—El tiempo. Como ha dicho el Obispo de León, si la libertad es antigua, la dignidad real es eterna: toda nación sana de espíritu ha de volver á ella bajo una forma ú otra.

—¡Tomal había gente ahí al lado—dijo Finot, al vernos salir.

—Siempre hay gente al lado—respondió Bixiou, que debía estar borracho.

Paris, 15 de noviembre 1837

— X —

## LOS SECRETOS

DE LA

# PRINCESA DE CADIÑÁN

Á Teófilo Gautier.

Después de los desastres de la revolución de julio, que destruyó varias fortunas aristocráticas sostenidas por la corte, la señora princesa de Cadiñán tuvo la habilidad de achacar á los acontecimientos políticos su ruina completa, debida á sus prodigalidades. El príncipe se había ido de Francia en compañía de la familia real, dejando en París á la princesa, inviolable por el hecho de su ausencia, pues las deudas para cuyo pago no bastaba la venta de las propiedades, sólo pesaban sobre él. Las rentas del mayorazgo habían sido embargadas. En fin los negocios de esta gran familia se hallaban en tan mal estado como los de la rama mayor de los Borbones.

Aquella mujer, tan célebre bajo su primer nombre de duquesa de Maufrigneuse, tomó entonces el sabio partido de vivir en un oscuro retiro y quiso hacerse olvidar. París fué teatro de una serie de acontecimientos tan vertiginosos, que la duquesa de Maufrigneuse no tardó en ser enterrada por la princesa de Cadiñán, pues como el cambio de nombre era desconocido por la mayor parte de los actores sacados á escena por la revolución de julio, pasó á ser una extranjera.

En Francia, el título de duque es máspreciado que todos los demás, sin exceptuar el de príncipe, aunque en tesis he-